

LA VIRGINAL MADRE DE DIOS Y LA IMPECABILIDAD DE LA IGLESIA

JOHANNES STÖHR

Se habla muchas veces de la Iglesia con generalidades y abstracciones, en fórmulas ideológicas o futurísticas. No raramente la predilección por lo abstracto y complicado viene del miedo a lo concreto. La raíz teológica de esta postura puede ser el deísmo, que no cree verdaderamente en la providencia concreta del amor de Dios por la persona individual; o un docetismo cristológico, para el que la realidad de la naturaleza humana de Cristo es puramente ficticia. También existe el peligro del docetismo o apolinarismo eclesiológico, que pone obstáculos para querer a la Iglesia concreta. Mi comunicación quiere aclarar una pregunta especial sobre esta problemática. Me servirá como punto de partida la relación de la mariología con la eclesiología.

Adelantando la conclusión, debe quedar claro lo siguiente: No se puede amar del todo a la Iglesia, si no se la acepta como "Ecclesia sine macula et ruga", como Iglesia impecable * (cfr.

* Cfr. CH. JOURNET, *L'Eglise du Verbe incarné*, I, Paris 1962, XIV-XVI; II, Paris 1962, pp. 62, 395 ss., 904-906, 934, 1115-1128; J. STÖHR, *Heilige Kirche-sündige kirche?*, en "Münchener Theol. Zeitschrift", 18 (1967) pp. 119-142. Cfr. también: P. RODRÍGUEZ, *La indefectibilidad de la Iglesia*, en "Scripta Theologica", 10 (1978) pp. 235-267; *Mancio de Corpus Christi OP, In II-II*, q.1, a.10, tract. 1, c.1, p.1, c.1, q.1 ad 3 et 4, arg. 4 (ed. A. SARMIENTO, *La eclesiología de Mancio*, II, Pamplona 1976, pp. 32-34, 36, 52); A. SARMIENTO, o. c., I, pp. 86-90; D. BERTETTO SDB, *Maria Madre universale nella storia della salvezza*, Firenze 1969 ("Nuova Collana di Teologia Cattolica" n. 7) pp. 57-98; 273-302; R. CASANOVAS CORTES SDB, *Ejemplaridad de María en la Iglesia*, en "Estudios Marianos", 30 (1968); A. M. HENRY OP, *Virginité de l'Eglise, virginité de Marie*, en "Etudes Mariales" (1953) pp. 29-49.

Ef. 5,25s), y por tanto también como se la entiende desde María, la Madre de Dios virginal, la cual representa en su persona el más fuerte contraste con el pecado.

Para nosotros, la Madre de Dios no es solamente un objeto lejano, un "tema" de la fe, no es únicamente misterio de la contemplación, sino que representa un secreto que vive en el centro de la Iglesia. La virginal Madre de Dios determina también, desde dentro, la forma de nuestra fe, de nuestro amor y de nuestras acciones. La Iglesia llama a María "typos", prototipo de nuestra fe, de nuestra perfecta unión con Cristo, arquetipo de la Iglesia. Y si el mundo permanece solamente para que se puedan desarrollar las implicaciones del misterio de la Encarnación, frente a todos los trágicos contrastes inclinados al pecado, surge de nuevo la más clara y alumbradora unión de los misterios de la Madre de Dios con la Iglesia.

Mariología y ecclesiología

Que ambas permanecen en estrecha relación, nos lo ha mostrado con nueva claridad el Concilio Vaticano II (cfr. especialmente *Lumen Gentium*, nn. 63-65). Ya en los textos de los Padres de la Iglesia es difícil, muchas veces, saber si tienen un sentido ecclesiológico o mariológico. Así, por ejemplo, cuando comentan el texto de la madre virginal en el Apocalipsis opinan, frecuentemente, que el texto se refiere a María, pero, de pronto, se descubre que se están refiriendo, al menos parcialmente, a la Iglesia.

Ireneo escribe: "María clama en nombre de la Iglesia: mi alma glorifica al Señor"; y Efrén el Sirio: "María es el modelo de la Iglesia, de tal modo que recibió el principio del Evangelio, pronunció su *fiat* en nombre de la Iglesia, y en nombre de la Iglesia vio al Resucitado". O Ambrosio: "En efecto, María estaba prometida, pero permaneció Virgen porque es imagen de la Iglesia, la sin mancha, pero también desposada". Y a S. Agustín le gusta comparar la fertilidad virginal de María y su importancia en la salvación, con la Iglesia. En los comentarios al Cantar de los Cantares, en la Edad Media, encontramos parecidos paralelismos. Si se desarrolla la plenitud de la gracia de Cristo, entonces se extiende a la persona de María y a la Iglesia colectiva. Así pues, mariología y ecclesiología hacen referencia al mismo misterio: por un lado en su relación personal-excepcional y por otro

en su realización general-colectiva. Pero, al mismo tiempo, también es válido afirmar que María pertenece a la Iglesia, a la que Ella siempre tiende: es la plenitud ya realizada de la Iglesia. El Concilio Vaticano II declara que la Iglesia tiende a la perfección que María ya ha realizado (LG n. 65, 68). La Iglesia como totalidad todavía no ha logrado lo que María como persona representa ya ahora. Por lo tanto María no es solamente prototipo y símbolo de la Iglesia, sino también su imagen escatológica; hay que mantener las dos verdades.

En la Constitución sobre la Liturgia, primer documento del Concilio, se dice expresamente: "(La Iglesia) admira y alaba en ella el fruto más perfecto de la Redención. En ella contempla con alegría, como en una purísima imagen lo que, toda entera, quiere y espera ser" (n. 103). Y en la Constitución sobre la Iglesia, n. 68, declara: "Mientras tanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que, ya glorificada en el cuerpo y alma en los cielos, es imagen y principio de la Iglesia, que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor". Por decirlo de algún modo, la gracia de toda la Iglesia se intensifica en María; en la Anunciación no dio el SI solamente por sí misma, sino por todos, y ya realizó, en esta vida, lo que la Iglesia espera poder realizar solamente en el más allá. En su figura vemos en vivo, en concreto, personificada, lo que quiere decir Iglesia, que, de otro modo, sería una imagen simple, una personificación difícil de entender o un concepto abstracto. Tendremos siempre que orientarnos por la figura de la Madre de Dios para entender mejor lo que quiere decir Iglesia y cuáles son sus características, y entonces quizás encontremos respuestas, que en principio no se pueden formular con palabras, sino que se experimentan en el interior.

La relación entre mariología y eclesiología es muy estrecha. Muchas veces, se han tenido que explicar con la ayuda de la mariología verdades eclesiológicas, o viceversa. De una manera análoga, muchas veces, en el transcurso de la historia de la Teología, se han explicado verdades eclesiológicas de un modo mariano, y al revés. Por eso muchas veces se corresponden errores cristológicos, mariológicos y eclesiológicos. Una especie de lógica de vida probará siempre su conexión. Así por ejemplo: el negar que María es Madre de Dios ocurrirá precisamente allí donde se

niegue la divinidad de Jesús, como acontece con los antiguos y modernos nestorianos. Si se reconoce verbalmente la Maternidad divina de María, pero se la restringe esencialmente, como si Dios no hubiera tratado a María como persona, sino sólo como instrumento dócil, de un modo automático, a la que hubiera acudido sólo una vez episódicamente y que tuvo su importancia en un muy lejano pasado: entonces se cerrará el acceso al entendimiento del efecto casi sacramental de la salvación de la Iglesia. Si se limita la importancia de la Maternidad divina rebajando el efecto de la gracia en María, consecuentemente se limitará en la Iglesia. Es aquí, precisamente, donde radica una de las diferencias más decisivas entre la doctrina luterana-calvinista y la comprensión de la fe católica. Según la interpretación católica, la gracia actúa, como Cristo declara en la parábola de la vid y los sarmientos, como la vida en un miembro del propio cuerpo. Sin embargo, según la doctrina luterana-calvinista el hombre permanece interiormente pecador; la gracia únicamente le afecta como atributo exterior: cubre al pecado. Así pues, habrá que optar o bien por una mariología y eclesiología de gracia que transforma de verdad, o por una mariología y eclesiología que, por razones jurídicas, concibe siempre la gracia como simple atributo exterior. De hecho, la gracia que nos hace semejantes a Cristo, incide, a veces, tanto en María como en la Iglesia, de modo análogo: piénsese en la exención de pecado, la participación en la vida, pasión, muerte, resurrección y glorificación de Cristo. Actúa, especialmente en la Iglesia, en el vencimiento de la herejía y del error en materia de fe; actúa análogamente en María, puesto que ésta es "typos" de la Iglesia. La famosa antifona mariana "cunctas haereses sola interemisti" se funda no sólo en la Maternidad divina de María o en la fuerza de la fe, sino también en su santidad personal y en su pureza virginal.

Así, pues, en la vida de la Iglesia hay un paralelismo entre mariología y eclesiología; y quizá también se pueda pensar en un paralelismo entre la crisis de la devoción a María y la actitud respecto a la Iglesia. La figura de la Madre de Dios es siempre una especie de figura clave. Donde se pone en duda el parto virginal, donde se ignora la Concepción Inmaculada de María, existe el peligro de poner también en duda, de alguna manera, la santidad de la Iglesia.

Con esto nos acercamos más a la argumentación de nuestra tesis.

La impecabilidad de la Iglesia

El concepto "santidad" referido a la Iglesia parece tener para muchos creyentes modernos, de frases hechas, un sabor triunfalista e incluso arrogante. Opinan otros que hay que posponer tal declaración, porque en nuestro tiempo una proclamación de este tipo no tiene grandes posibilidades de éxito. Por el contrario, siguen afirmando, el realismo cristiano y especialmente la humildad cristiana debían obligar a abstenerse en este asunto; también por razones ecuménicas deberíamos renunciar a esta expresión, para hablar incluso de "Iglesia pecadora". No es sólo la Iglesia la que no merece el nombre de "Sin pecado", sino que deberíamos también buscar un título más general para la Madre de Dios.

Recordamos, en primer lugar, la confesión del Credo sobre la Santidad de la Iglesia. Pero, a la vez, constatamos el hecho de que la Iglesia incluye también a los pecadores, incluso puede tener como miembros hombres que terminarán por perderse para siempre. Ambas cosas son creencias de la Iglesia desde hace siglos. También confesamos que la Madre de Dios es Inmaculada, la absolutamente sin pecado y al mismo tiempo está cerca de los pecadores (¡es invocada como refugio de los pecadores!). Pero ¿no existe, precisamente aquí, una diferencia enorme entre la figura de la Madre de Dios y la Iglesia?

Algunos teólogos de los países de habla alemana han declarado que la Constitución dogmática *Lumen Gentium* del Vaticano II exige una nueva definición no sólo respecto del pecado en la Iglesia sino de una Iglesia pecadora. Y esto no sería el simple resultado de un conocimiento empírico, sino de una verdad de fe: "Especialmente las acciones pecaminosas de los hombres que la dirigen serían actos pecaminosos de la misma Iglesia, no solamente pecados en la Iglesia" (Karl Rahner). "Acaso tenemos reparo en reconocer un período de desarrollo equivocado o de secularización y de caídas en pecado de la Iglesia durante unas décadas o siglos" (R. Hernegger). Lo mismo afirma H. Küng.

Del lado protestante, por el contrario, se rechaza, a veces enérgicamente, la expresión Iglesia pecadora: "El desorden, al cual está dirigida nuestra atención en la penitencia, no es tanto el desorden *de* la Iglesia como el desorden *en* la Iglesia. En algunas reuniones ecuménicas de tiempos pasados, representantes de algunos grupos de Iglesias se han manifestado contra declaracio-

nes según las cuales la Iglesia necesitaba la penitencia o sería pecadora. Esta oposición tiene mucha razón... La Iglesia, como la comunidad y el cuerpo de Cristo, como santo y completo pueblo de Dios, como la ciudad de Dios en el Cielo y en la tierra, es la mediadora de la Gracia y no del pecado, del orden y no del desorden. El desorden vive en nosotros mismos" (R. Niebuhr)... ¿Entonces el Concilio ha dejado de lado, por decirlo así, a estos protestantes y ha puesto a la Iglesia casi en oposición a la figura de la Madre de Dios? ¿Tendríamos entonces que confesar, en un credo postconciliar, una "ecclesia simul iuxta et peccatrix", de tal modo que la tesis de la Reforma que hablaba de la Iglesia como "synagoga satanae" estaría, por lo menos en parte, justificada? Pero si la Iglesia es, al mismo tiempo, santa y pecadora entonces pertenece a Dios y al diablo (1 Jn 3,8: "Quien peca es del diablo"), al reino de la luz y al poder de las tinieblas; sería, al mismo tiempo, un signo de la salvación y del mal, personificación de la Jerusalén celestial y de la Babilonia apocalíptica. No sería "inmaculata ex maculatis", como dice ampliamente Ambrosio, sino llena de pecado y de manchas.

Pero la tesis contraria la defienden muchos teólogos católicos. La Iglesia sería sin mancha y absolutamente libre de pecado, incluso la Iglesia peregrina. A decir verdad, existirán muchos pecadores dentro de la Iglesia, pero no Iglesia pecadora, pues la pecabilidad de los miembros no se le puede imputar a la Iglesia. La santidad, pues, no sería solamente una oferta o una esperanza de un futuro escatológico, sino también ya en el presente, así en María como en la Iglesia. Aquí hay que mencionar, ante todo, al Cardenal suizo Ch. Journet, a quien el Papa Pablo VI ha honrado como a ningún otro teólogo conciliar; además, al Abad Winzen O.S.B., M. Schmaus, R. Laurentin, a los Jesuitas A. D. Bovis e Y. de Montchevil, a los profesores P. Rodríguez y A. Sarmiento de la Universidad de Navarra.

Las dos concepciones excluyentes entre sí, están publicadas como interpretaciones del Concilio, una al lado de la otra pero sin unión, en los comentarios a la Constitución sobre la Iglesia editados por G. Baraúna. Llama la atención el que Karl Rahner use prácticamente como equivalentes, los conceptos de Iglesia pecadora, Iglesia de los pecadores, pecado de la Iglesia y pecado en la Iglesia. Y tampoco aborda el hecho y las razones de la otra tesis hace tiempo conocida. Parece como si, en este punto, existiera mucha propaganda pero ningún diálogo en la Iglesia. El

que nos planteemos si debemos hablar de la Iglesia no pecadora o pecadora, no tiene ninguna importancia práctica inmediata, pero sí tiene consecuencias para el diálogo ecuménico, para el juicio del pasado cristianismo, y para algunas decisiones pastorales-teológicas. ¿Estamos en el tiempo del mayor peligro llamado triunfalismo o más bien de la resignación pesimista y de la crítica destructiva? Puede buscarse en el predicado "pecabilidad" un nuevo modo de expresión de los sentimientos de penitencia? ¿O, quizás con demasiada facilidad, se está cargando a un abstracto y a una "Iglesia" universal lo que concierne, en el fondo, solamente a uno mismo buscando de este modo una coartada a la penitencia personal? ¿Cuál es la actitud más realista y que por lo tanto merece un estímulo especial: la evidente fe en la Iglesia y el gozo del entusiasmo del pueblo de Dios o la distancia crítica reservada, muy típica de los ambientes académicos? Con total independencia de ello (se tome, como cuestionable o incuestionable, el "derecho" a la crítica pública en contra de la Iglesia) solamente la pregunta sobre si se puede usar la expresión "Iglesia pecadora" se merece ya una atención especial. A mi entender, la respuesta se sigue de la unión con la mariología.

En Ef 5,25-27 se dice: "Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua con la palabra de vida, a fin de presentarla así gloriosa sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable". Este texto se refiere inmediatamente a la Iglesia actual (peregrina), tal como sale del bautismo, por cuya gracia tiene el deber de incorporarse a Cristo, su cabeza. Hay exégetas modernos que interpretan el texto sólo como referido a la Iglesia del futuro y de la Esperanza. El apóstol sabe bien que hay pecadores dentro de la Iglesia —él mismo tiene que desaprobare a aquellos que él ha engendrado—. No obstante, la Iglesia es, a sus ojos, santa e inmaculada. Pues los pecadores no participan de la Iglesia por sus pecados, sino por lo santo que tienen en sí y que todavía les une a ella. Juan expresa el mismo contenido del Apocalipsis de este modo: Cristo vino para quitar los pecados, en él no hay pecado. "Todo el que permanece en él no peca. Pero quien peca, no le ha visto ni le ha conocido" (1 Jn. 3,6). "El que comete pecado, ése es el diablo, porque el diablo peca desde el principio... Quien ha nacido de Dios no peca, porque el germen de Dios está en él, y no puede pecar porque ha nacido de Dios" (1 Jn. 3,8-9). No obstante, San Juan sabe que también el justo se ve continua-

mente en el peligro de pecar y comete, diariamente, pecados veniales. Aparentes contradicciones que desaparecen si se reconoce que los miembros de la Iglesia, en verdad, pecan, pero con esto traicionan a la Iglesia y no actúan precisamente desde su eclesialidad.

Se da en el Cristianismo una coexistencia —de ningún modo pacífica— del pecado con la santidad de la fe, pero solamente en cuanto que la Iglesia, esto es, la vida de Cristo no es efectiva en él. La Iglesia misma, y ciertamente la Iglesia peregrina como dice la Constitución dogmática *Lumen Gentium* en continuidad con la Sda. Escritura, es “la esposa sin mancha del cordero sin mancha” (Ap. 19,7; 21,2,9; 22,17) a la que Cristo ha amado y por la que se ha entregado para sacrificarla (Ef. 5,26); a la que ha tenido consigo y la alimenta y cuida (Ef. 5,29); según su voluntad, la dejó participar con él en el amor y fidelidad (cfr. Ef. 5, 24). Hay que subrayar aquí la forma verbal en pasado que pone de manifiesto que no se trata de una mera esperanza. La santidad se expresa también como institución y enseñanza. El Concilio Vaticano II llama frecuentemente a la Iglesia, como el Credo, “Iglesia santa”, “pueblo santo”, “sacerdocio santo”. Se adhiere a la fe de su santidad imperecedera, si bien esta santidad debe crecer hacia una mayor perfección (LG n. 48,22, 5,8-10). Se habla de pecadores en la Iglesia, pero la expresión “pecado en la Iglesia” no se ha aceptado; no se habla en absoluto de “Iglesia pecadora”. Incluso en la misma frase tiene lugar un cambio de sujeto (“nosotros”), cuando se habla de culpa (LG n. 65; UR n. 7 y 3). No la Iglesia, sino los creyentes son así denominados como portadores del pecado, que hay todavía que vencer. No se puede negar la significación profunda y teológica de esta distinción. No se puede atribuir a la Iglesia la debilidad pecadora de sus miembros, como claramente afirman, por ejemplo, Ambrosio, Beda el Venerable y Pío XII (*Mystici Corporis*).

La Iglesia formada según la imagen de Cristo

Una documentada reflexión más especulativo-sistemática de la cristología y mariología prueba asimismo la inconsistencia de la tesis de la Iglesia pecadora.

Pablo llega incluso más lejos al escribir, sencillamente, Cristo en vez de Iglesia (Act. 9,4: “Pablo ¿por qué me persigues?”; cfr. 1 Cor. 12,12); a semejanza de como Eva está formada de Adán,

así la Iglesia viene de Cristo. El Concilio Vaticano II se refiere de nuevo a la analogía Cristo-Iglesia: se percibe la unión entre divinidad y humanidad en Cristo, representada en la Iglesia. El espíritu de Cristo, el Espíritu Santo, imprime de este modo la estructura social a la Iglesia. Los ignominiosos atributos que se dicen de Cristo, se pueden decir tanto de la Iglesia como de su cuerpo. En efecto se dice de Cristo, en Col. 3,13 s. y 2 Cor. 5,12, que El “se ha hecho pecado por nosotros”, esto es, se atribuye nuestros pecados, los lleva sobre sí y satisface por ellos.

En este sentido (impropio) puede naturalmente ser también la Iglesia “portadora” del pecado, a semejanza de como puede “completar” lo que aún falta a los padecimientos de Cristo (Col. 1,24). De un modo gráfico-retórico, ya según el Salmista, Cristo habla —como dicen los comentadores de la Edad Media— “ex persona membrorum”, aún más, “ex persona peccatorum”. No obstante se interpreta demasiado fácilmente en un sentido contrario a la fe la frase “Cristus peccat in membris suis”; El Concilio de Basilea tuvo que condenar, por esto, al Obispo Agustín Favaroni de Roma. Hoy, en la cristología, ya no se pueden pasar por alto los enunciados precisos y asegurados, y hasta entonces, por el contrario malentendidos. Y tampoco en la eclesiología se pueden desatender las precisiones teológicas que han llegado a ser un bien común.

Quienes llaman a Cristo pecador, en sentido propio, dejan entrever que no pueden o no quieren entenderle en su naturaleza divina. Algunos nominalistas no llegaron tan lejos, pero afirmaban que Cristo había podido recibir una naturaleza pecadora; la Unión Hipostática se hubiera deshecho por un posible pecado. Hubiera sido posible al menos en sentido remoto, un pecado de la humanidad de Cristo. Contra esto, hoy, los teólogos mantienen rigurosamente la absoluta impecabilidad de Cristo y la justifican por la Unión Hipostática y por la constitución metafísica de la persona de Cristo. Un nominalismo eclesiológico llevaría a una conclusión idéntica a la anterior: a que no se puede fundar, o mejor, sostener suficientemente la impecabilidad de la Iglesia, ni tampoco que la Iglesia no tenga pecado. Sin duda que este afianzamiento en la gracia por parte de la Iglesia no es precisamente el mismo que en el caso de Cristo. No obstante no podemos despreciar el paralelismo Cristo-Iglesia.

Tampoco podemos separar, nestorianamente, lo divino de lo humano-visible. En conformidad con la tradición, podemos y

debemos hablar realmente de una impecabilidad de la Iglesia “toda”, que en su forma visible, es también la inviolable esposa fiel de Cristo. Y la Iglesia no es simplemente la suma de las acciones de los cristianos, ni está constituida desde abajo por todas nuestras actuaciones puramente humanas. Ella es más, pues Cristo le pertenece como cabeza, —María y los santos también—; y es “menos”, pues no todas nuestras actuaciones son realmente “eclesiales” y nosotros no somos Iglesia en todas y cada una de nuestras relaciones. Porque el nominalista no distingue correctamente la forma visible externa de la naturaleza interna, así como no avanza en la comprensión de la naturaleza. Por esta razón está predispuesto a ver en todos los actos de los miembros de la Iglesia acciones de la Iglesia. El obrar santo de la Iglesia lo considerará compuesto de actuaciones fenomenológicas imputables a los cristianos, incluidos sus pecados. Finalmente el título “santidad inmune de pecado” se considerará como presunción humana. No se puede sostener una dialéctica de santidad y pecado, en el sentido en que lo hace Karl Barth, tanto en la Iglesia como en Cristo. El concepto Iglesia tendría entonces una doble significación, habría dos “sujetos colectivos”, de los cuales el uno sería portador de lo divino-santo y el otro de la voluntad humana de los miembros; y vendría a ser semejante a como si en Cristo hubiese dos personas. Esto no sería otra cosa que un nestorianismo eclesiológico. Es cierto que se pueden lógicamente distinguir, pero no separar, la Iglesia como comunidad de los hombres creyentes por un lado y, por otro, la Iglesia como signo de salvación, como obra de Cristo. Los dos aspectos van unidos, juntos. La Iglesia como partícipe del sacerdocio, del reinado y misión de pastoreo de Cristo, y también de su santidad, no es algo completamente ajeno, distinto de la Iglesia como comunidad del pueblo de Dios.

La absoluta certeza de cercanía de la Iglesia a la santidad de Cristo se clarifica desde la Mariología

Como ya hemos visto, María por su ya realizada perfección escatológica, es especialmente tipo e imagen de la Iglesia. En cierto modo, comprende en sí a toda la Iglesia. Por eso se la llama también “Vicaria Ecclesiae”, pues representa su realización intensiva. Ivo de Chartres sintetiza esta idea en una fórmula feliz: “como María, así la Iglesia”. Como María, así también la Iglesia

es Virgen y Madre. Así la proclama el Vaticano II en consonancia con muchos textos conocidos de los Padres de la Iglesia (LG n. 63 s.). Clara e inequívocamente se señala a la Iglesia peregrina como *virgo*, porque la expresión "virginidad" expresa justamente el poder de Redención, el dominio sobre el pecado (LG n. 64). Por un pecado, en cierto modo, se perdería la virginidad de las almas. Pero la *virginitas* misma concierne además al ámbito visible-corporal, es decir, concierne, pues, también a la forma visible de la Iglesia. De aquí se derivaban naturalmente, objeciones contra la tesis de una Iglesia pecadora en su "corporeidad exógena". Si se procede en la mariología con demasiado miedo (reserva y crítica-pesimista) se está favoreciendo, y demasiado fácilmente, una postura desvalorizante de la eclesiología y viceversa. Mayor problema que el llamado triunfalismo preconiliar parece ser, justamente en Alemania, la tendencia hacia un pensamiento maniqueo-pesimista en la eclesiología, quizá motivado por el, psicológicamente comprensible, complejo de inferioridad a causa del "déficit de formación cultural católica" y por las corrientes escéptico-relativistas de los últimos años.

La santidad de la Iglesia en este tiempo es, sin duda, aún incompleta, no se manifiesta espectacularmente. En gran parte es aún invisible y está, ante todo, en el oculto contacto de las almas con Dios. En efecto, la santidad es en todo tiempo un criterio de la verdadera Iglesia, incluso para los no creyentes, pero, en el fondo, sólo el creyente vislumbra algo de su completa riqueza, de la "abundancia de Cristo". Se podría hablar de triunfalismo si se considerara la santidad de la Iglesia como ya desarrollada en su gran parte visible. Nosotros sabemos bien ¡cuán grande es la distancia entre la santidad misma y su sencilla expresión cotidiana! Palabra, hechos y estilo de vida del miembro de la Iglesia pueden incluso no ser comprendidos allí donde el espíritu de santidad ya está presente. También Cristo fue tenido por glotón y bebedor (Mt. 11,19) y fue acusado de abuso de la religión (Jn 18,28-30); El mismo anunció a sus discípulos calumnias y persecuciones.

También donde la Iglesia es visible, no siempre es aún claramente visible como Iglesia formal. Una separación del espíritu tendrá éxito sólo muy imperfectamente, en las inteligencias mejor dotadas. En efecto, si se preguntara la opinión, o se realizaran encuestas estadísticas, o se realizaran averiguaciones respecto de las facetas más comunes, o bien de las más relevantes

entre los miembros de la Iglesia, no se encontraría aún de un modo inequívoco esto que constituye la fe y las obras de la Iglesia. Pues muchos de nuestros pensamientos y obras no proceden, en absoluto, de nuestra eclesialidad, sino de otras fuentes. Si se quisiera sólo reconocer la santidad allí donde fuera constatable por comparaciones y por la diferenciación de la experiencia y observación, se tendría una concepción rudimentaria, materialista-empírica, de la Iglesia. Pues, realmente, también la santidad invisible de la Iglesia, aún no experimentada por mí, es una realidad concreta del presente, no sólo oferta y promesa del futuro. Los documentos conciliares afirman, sin lugar a duda, que la Iglesia católica es, ya ahora, no sólo santa ontológicamente, sino también en el sentido de santidad ética, con "sanctitas moralis subiectiva". Se trata, verdaderamente, de un progreso permanente en las virtudes sobrenaturales, no de un retroceso o de un abandono pecaminoso (LG n. 65). Así, pues, la "indefectibilitas" de la Iglesia no hace referencia sólo a la fe o a la promulgación de la enseñanza, no se refiere sólo a la Iglesia en la eficaz e inquebrantable fidelidad a Dios, sino a una propiedad gratuita, regalada, de la misma Iglesia (a semejanza de la impecabilidad de María). Con esto queda excluida la culpa colectiva o la pecabilidad de toda la Iglesia en cada relación. Los miembros de la Iglesia pueden estar muy afectados por el pecado y puede así mismo ser justa la crítica a altos mandatarios. Pero, aunque es cierto que la Iglesia no ha conseguido aún su santidad escatológica en todos sus miembros, que debe crecer en el ejercicio de las virtudes, se la puede llamar, con todo derecho, *Iglesia sin pecado*, purificada por Cristo, que le pertenece como esposa sin mancha, ya perfecta en María (LG n. 6,9,55). La que fue hecha esposa del Señor por fuerza de la gracia de Dios vence en todas las pruebas y jamás puede renunciar a la "fidelidad completa", al contrario de lo que ocurría con el Israel del Antiguo Testamento. Esto no excluye que pueda errar en la misión de pastoreo, en el desempeño de algún poder canónico, siempre que no se trate de cuestiones esenciales, sino en la línea de lo contingente. Pero la posibilidad de errar no es lo mismo que pecabilidad y no lleva necesariamente al pecado. Y el no tener aún una perfección, en sentido negativo, no implica faltas, en sentido privativo.

Algunas dificultades contra la enseñanza de una Iglesia sin pecado

La Constitución conciliar *Lumen Gentium* declara que la Iglesia es "Ecclesia semper reformanda", no cesa de renovarse. ¿Esto no significa, precisamente, que, en contraste con la Madre de Dios, es pecadora? Admitir esta interpretación sería prescindir del contexto y suponer que a cada reforma precede una deformación; no sólo un pecado de los miembros en particular o de la comunidad, sino de toda la Iglesia. ¿Pero, por ejemplo, el hecho de que un deportista se ponga en forma, a base de entrenamiento, significa que antes había estado deformado? En el caso de la Iglesia, previa a la deformación, ¿debe haber existido una falta de forma, siempre deficiente, en sentido privativo? Esto se ha tomado, en todo tiempo, como escándalo: *La Iglesia toda tiene, en realidad, la garantía divina; puede cumplir su misión siempre e ininterrumpidamente y la cumple como luz del mundo y sal de la tierra.* La "Ecclesia reformanda" y la "Ecclesia reformata" se distinguen como dos estrellas brillantes diferentes, (cfr. 1 Cor. 15,41): una con luz recibida como a través de un velo vaporoso, otra, que aparece brillante y sin obstáculos que se interpongan a esa luz. Pero no se distinguen como la luz de la oscuridad. La santidad de la Iglesia se hace visible, incluso para los pecadores, en el bautismo, en su confesión de la Fe y en la ordenación y subordinación en la comunidad eclesial. Si no fuese visible en su total intensidad a causa de algunas (no de todas) actuaciones del pecador en la Iglesia, su santidad no sería brillante, y entonces el brillo no podría ser medido, pues las obras pecaminosas se originan justamente, no por la fuerza del miembro de la Iglesia, sino por el influjo del diablo y en contraposición con la Iglesia. Es válida para todos los tiempos la afirmación de que la luz permanece tan luminosa que puede ser reconocida como clara y el no querer ver implica una culpa grave. Si por los pecados de un cristiano se redujera, aquí y ahora, la fuerza del símbolo de la Iglesia, entonces no podría ser vista en su totalidad. Muchas fuerzas ocultas y relajadas pueden, justamente, hacerse activas por el enfrentamiento al diablo. "Ecclesia semper reformanda" no se entiende, en el sentido de Karl Barth, como sempiterna defectibilidad, como consecuencia de enfermedad mortal, muerte, desaparición y resurrección intermitente de la Iglesia. El mismo Papa Pablo VI, en su Encíclica *Ec-*

clesiam Suam, ha expuesto la comprensión católica de la reforma: "Nosotros no podemos inculpar de infidelidad a esta nuestra querida y santa Iglesia de Dios".

En ocasiones se afirma: en la Iglesia hay pecadores; luego la Iglesia es pecadora. Pero esta argumentación es formalmente tan deficiente como la frase: en el barco hay franceses, luego el barco es francés. Consecuentemente, ¿la Iglesia debe ser menor de edad, enferma y mutilada, por el hecho de que algunos de sus miembros sean menores de edad, enfermos y mutilados? Otros sostienen que la Iglesia está sumamente manchada, especialmente por los pecados de los dirigentes de esta Iglesia, que no quedan ya limitados al ámbito de su vida privada. Tampoco este razonamiento es concluyente. Pues también la vida de una madre queda fuertemente tocada si un hijo suyo es criminal; pero no por ello se la considera delincuente. La relación de la Iglesia en su totalidad con el individuo cristiano, también con el jerarca, es idéntica a la relación de una madre con su hijo: así lo declara unánimemente la tradición. Estar tocado o herido no significa complicidad o culpabilidad.

Sin embargo, los pecadores son "factores de la visibilidad de la Iglesia". ¿Por ello, la Iglesia no será también pecadora? Ciertamente los pecadores pertenecen al cuerpo de la Iglesia, pero no en el mismo sentido que los justos. Ellos no están incorporados a la Iglesia por sus pecados y con sus pecados; pertenecen "corpore" (con el cuerpo) pero no "corde" (con el corazón) a la Iglesia, como afirmó el Vaticano II, siguiendo a San Agustín. En realidad, el pecado mortal mancha al pecador, pero permanece fuera de la Iglesia (cfr. Ch. Journet e Y. Congar). Así, pues, no se deben identificar nunca los pecados de los miembros de la Iglesia, con la misma Iglesia. El pecador pertenece a la Iglesia por el carácter bautismal, por la fuerza de las virtudes de la fe y la esperanza. Sin embargo se ha adherido libremente al mal, en vez de a Dios y a su Iglesia; él, no la Iglesia, está dividido interiormente, porque intenta servir a dos señores. Pero incluso entonces, si bien es cierto que los pecadores (con sus pecados) pertenecen a la Iglesia, no se puede utilizar el predicado pecabilidad, porque él no se integra en ningún caso en lo propio de la Iglesia.

Pero ¿no se volatiliza acaso la realidad de la Iglesia hacia un concepto idealista, si sólo se reconocen pecadores en la Iglesia, pero no Iglesia pecadora? Hay que mantenerse firmes frente a esta objeción. Algunas acciones de los pecadores pertenecen a la

concreta Iglesia visible, pero no todos sus actos, sino sólo aquellos que son animados por el espíritu de Cristo: fe, obediencia a la autoridad eclesiástica, vida de oración, arrepentimiento, esperanza en la misericordia de Dios, carácter sacramental del bautismo, etc... Todas estas son realidades visibles en el pecador y con todo ello se hace visible la santidad de la Iglesia y de ninguna manera se volatiliza platónicamente en los pecadores.

Pero también la santidad invisible de nuestra Iglesia es concreta, real. Y si se afirma que la Iglesia es pecadora, se volatiliza esta santidad invisible: se permanece anclado en un empirismo inmaterialista y se está en peligro de confundir la Iglesia sin mancha con una idea platónica o con un futuro lejano.

La Iglesia puede expiar, hacer penitencia y también arrepentirse, ya que estos son actos de salvación; puede estar lesionada y herida de pecado, pero no puede ser ella misma pecadora. Es santa por las obras de los santos, pero no pecadora por las acciones de los pecadores. La santidad moral de toda la Iglesia no es sólo la suma resultante de la santidad de sus miembros, sino mayor; el todo orgánico es más que la suma de las partes. Sin embargo, respecto de los actos pecaminosos no existe tal paralelismo. El pecado es un defecto, una "privatio", no algo a modo de substancia positiva, como, por ejemplo, una materia tóxica o similar. Pero lo que falta a una parte singular, incluso lo que falta a todas las partes, no le falta en absoluto al todo. La comunidad no carece necesariamente de aquello que carece el individuo singular. Por ejemplo, el monje no tiene derecho a lo propio, pero no por eso a la Orden le falta la propiedad; o, cada elemento, pesado, utilizado en la construcción de un barco se hunde en el agua, pero el barco, en su totalidad, flota. Pecado y santidad de los miembros repercuten de diferente manera en la totalidad de la Iglesia: aunque incluso todos los miembros de la Iglesia fuesen pecadores, sería falsa la conclusión de que la Iglesia es pecadora. Pero, de hecho, todos los nuevos bautizados quedan libres de pecado e, incluso, debemos aceptar la existencia de muchos hombres no dominados por el pecado y su afianzamiento en la gracia: Cristo, María y todos aquellos que tienen el privilegio de permanecer también libres de pecados mortales.

Si queremos conservar y fortalecer el amor sin reservas a Cristo y a su Iglesia, nos esforzaremos en todo momento por no fijar nuestra mirada en crisis y faltas privadas, sino en conside-

rar a la "Ecclesia sine macula et ruga" que ha tomado cuerpo en la Virgen concebida sin mancha y Madre de Dios.

Como dice Mons. Escrivá de Balaguer, "Acudamos a Santa María, que Ella nos acompañará con un andar firme y constante". (*Amigos de Dios*, n. 293). Si no, no podremos hacer nuestras estas palabras: "¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi madre la Iglesia santa!" (*Camino*, n. 518).